

§ 2.—EL PÚBLICO.

La sociedad culta en Inglaterra.—El campo.—El *comfort*.—La elegancia.—La educación.—Las costumbres.—Cómo se amolda Tennyson á semejante sociedad.—La sociedad culta en Francia.—La vida parisiense.—Los placeres.—Las apariencias.—La conversación.—La libertad del espíritu.—Cómo se amolda Alfredo de Musset á semejante sociedad.—Comparación de las dos sociedades y de los dos poetas.

§ 1.—SU TALENTO Y SU OBRA.

Cuando Tennyson publicó sus primeros poemas, la crítica los recibió mal. El poeta calló: durante diez años nadie vió su nombre en una revista, ni aun en un catálogo. Pero cuando se presentó de nuevo ante el público, sus libros habían hecho su camino solos y bajo tierra, y se le disputó de repente por el poeta más grande de su país y de su tiempo.

Fué una sorpresa, y una grata sorpresa. La poderosa generación de poetas que acababa de extinguirse había pasado como una tempestad. Al modo de sus antecesores del siglo XVI, lo habían arrollado y precipitado todo hasta los extremos. Unos habían recogido las leyendas gigantescas, acumulado los sueños, escudriñado el Oriente, Grecia, Arabia, la Edad Media, y recargado la imaginación humana con los colores y caprichos de todos los climas. Otros, encaramándose en la metafísica y en la moral, y fantaseando infati-

gablemente sobre la condición humana, se habían pasado la vida en lo sublime y monótono. Otros, amalgamando el crimen y el heroísmo, habían paseado, por entre las tinieblas y en medio de los relámpagos, un cortejo de figuras contraídas y terribles, desesperadas por sus remordimientos é iluminadas por su grandeza. Se quería descansar de tantos esfuerzos y excesos. Al salir de la escuela imaginativa, sentimental ó satánica, Tennyson pareció exquisito. Todas las formas y todas las ideas que habían agradado reaparecían en él, pero depuradas, moderadas y vestidas de un lenguaje de oro. Tennyson cerraba una edad; gozaba de lo que había agitado á otros; su poesía se asemejaba á un crepúsculo sereno de estío: las líneas del paisaje son entonces las mismas que durante el día; pero el brillo de la cúpula deslumbradora se ha atenuado, las plantas refrescadas se yerguen, y el sol, apacible en el borde del cielo, envuelve armoniosamente en una red de rayos sonrosados los bosques y las praderas que poco antes incendiaba con su luz.

I

Lo que cautivó desde luego fueron sus retratos de mujeres. Adelina, Leonor, Lilian, la Maya, eran personajes de *keepsake*, salidos de manos de un enamorado y de un artista. Ese *keepsake* es de cantos dorados, bordado de flores y adornos, sedoso, lleno de delicadas figuras siempre finas y correctas, que parecen

bosquejadas al vuelo, y que están trazadas, sin embargo, con reflexión sobre la blanca vitela por donde suavemente se deslizan sus contornos, y escogidas todas como para ocupar reposadamente las blancas y delicadas manos de una recién casada ó de una doncella. Yo he traducido muchas ideas y muchos estilos; no intentaré traducir uno solo de esos retratos. Cada palabra es como una tinta esmeradamente realizada ó matizada por la tinta inmediata, con todas las audacias y aciertos del refinamiento más afortunado. La menor alteración lo embrollaría todo. Y menester es aquel arte tan justo y consumado para pintar las deliciosas travesuras, las repentinas altiveces, los tenues rubores, los caprichos fugitivos é imperceptibles de la belleza femenina. El poeta opone esas figuras, armonizándolas, y hace de ellas como una galería. Aquí la niña locuela, la hadita alada que bate palmas, y «con sus negros ojos os mira al rostro maliciosamente, y huye prorrumpiendo en sonoras carcajadas que abren hoyuelos en las rosas infantiles de sus mejillas». Allí la rubia pensativa que sueña, con sus grandes ojos azules tan abiertos: flor aérea y vaporosa, «como una azucena inclinada sobre un rosal, y á cuyo través mira el sol moribundo»; debilmente sonriente, «como una náyade que desde el fondo de un manantial contempla el declinar del día». Allá la voluble Madeline, tan pronto risueña como enojada, ó incierta entre la alegría y el enojo, con sus extrañas sonrisas, «sus deliciosas cóleras, semejantes á nubecillas franjeadas de sol». El poeta se complacía en insistir en todas las cosas finas y exquisitas. Las acariciaba con tanta solicitud, que sus versos parecían á veces rebuscados, afectados, casi amanerados. Las recargaba en demasía de adornos y filigranas; parecía ser epicúreo

en punto estilo y también en punto á belleza. Buscaba lindas escenas rústicas, recuerdos conmovedores, sentimientos interesantes ó puros, y hacia elegías, pastorales é idilios. Componía en todos los tonos, y se complacía en experimentar las emociones de todos los siglos. Escribía Santa Inés, Simeón Estilita, Ulises, Oenone, sir Galahad, lady Clara, Fátima, la Bella durmiente del bosque. Imitaba alternativamente á Homero y á Chaucer, á Teócrito y á Spenser, á los antiguos poetas ingleses y á los antiguos poetas árabes. Animaba alternativamente los pequeños acontecimientos reales de la vida inglesa y las grandes aventuras fantásticas de la extinguida caballería. Era como esos músicos que ponen su arco al servicio de todos los maestros. Se paseaba por la naturaleza y por la historia, sin parcialidad ni apasionamiento, atento á aspirar, á disfrutar y coger por todas partes, en las jardinerías de los salones como en los setos de los *cottages*, las flores raras ó campestres cuyo perfume ó cuyo brillo podían embelesarle ó distraerle. Se gozaba en su compañía; se respiraban los graciosos ramilletes que sabía hacer con tanto arte; se aceptaban de preferencia los que formaba en el campo: en ninguna parte parecía hallarse más en su centro su talento. Se admiraba lo bien que sabían percibir é interpretar sus móviles aspectos aquella mirada minuciosa y aquel sentimiento delicado. Se olvidaba lo gastado del tema y el escaso interés del *Cisne moribundo*, para saborear pasajes como estos:

«A lo lejos se erguían algunos picos azules, cuya corona de nieves relumbraba, destacándose sobre la fría blancura del cielo. Un sauce se inclinaba llorando sobre el río, y agitaba la corriente cuando el viento suspiraba. Arriba, por los aires, perseguíase á sí pro-

Historia.

»pía la golondrina á impulso de sus salvajes caprichos; y más allá, al través de la verde y sosegada ciénaga, dormía el laberinto de canales, matizados de púrpura, de verde y amarillo.»

Pero esas pinturas melancólicas no le revelaban por completo; también se iba con él al país del sol, hacia las muelles voluptuosidades de los mares meridionales; y por un atractivo insensible se volvía á los versos en que pinta á los compañeros de Ulises, que, adormecidos en la tierra de los Lotos, soñadores felices como él, olvidaban la patria y renunciaban á la acción.

«¡Una tierra de corrientes! Algunas, á modo de humo que baja, dejaban caer pausadamente su velo de gasa finísima; otras, lanzándose al través de las sombras y de las claridades vacilantes, arrastraban con un ruido adormecedor su sábana de espuma. Veían correr hacia el Océano el río reluciente que venía del fondo de las tierras; allá, muy lejos, tres cumbres de montañas, tres torres silenciosas de antigua nieve, alzábanse encendidas por la puesta del sol, y sobre las trabadas espesuras del monte bajo descollaba el pino umbroso impregnado de rocío.

»Hay aquí una suave música que, entre paredes de sombrío granito, cae en brillantes profundidades más blandamente que los pétalos de las rosas sobre el césped ó que el rocío de la noche sobre las aguas tranquilas; una música que se posa sobre el alma más muellemente que fatigados párpados sobre cansados ojos; una música que trae un dulce sueño de las alturas de los cielos bienaventurados. Hay aquí frescos musgos profundos, y al través de los musgos serpea la yedra, y en la corriente lloran las flores de largas hojas, y en las cornisas roquizas cuelga, entregada al sopor, la adormidera.

»Mirad: en medio del bosque, la plegada hoja sale del botón, solicitada por la brisa que acaricia la rama; crece verde, dilatándose y exenta de cuidados, ora bañada de sol al mediodía, ora alimentada de rocío á la luz de la luna; después, amarillea, cae y baja flotando al través del aire. Mirad: dulcificada por la luz del estío, la jugosa manzana, ya muy madura, se desprende en una noche silenciosa de otoño. La flor, en sus contados días, se abre, se marchita y cae, sin pasar ningún trabajo, sólidamente arraigada en el fértil suelo.

»¡Qué dulce es reclinarse en lechos de amaranto y de moly (1), con los párpados blandamente entornados, bajo las sagradas bóvedas del cielo sombrío, y, mientras la tibia brisa nos acaricia arrullándonos con su soplo, seguir el largo y brillante río que se aleja mansamente de la purpúrea colina, oír los ecos húmedos que resuenan de caverna en caverna al través de las espesas vides entretejidas, oír caer las aguas teñidas de esmeralda al través de las guirnaldas del acanto divino! Sólo oír y ver á lo lejos las olas centelleantes, sólo oírlas sería dulce, dormitando bajo los pinos.»

II

Ese delicioso soñador, ¿no era más que un *dilettante*? Así solía creerse: parecía demasiado feliz para que

(1) Nombre de la planta dada á Ulises por Mercurio.

cupiesen en él las pasiones violentas. Había conquistado pronto y fácilmente la fama: gozaba de ella desde los treinta años. La reina había consagrado el favor público nombrándole poeta laureado. Un gran novelista le declaraba más poeta que lord Byron, y sostenía que no se había visto nada tan perfecto desde Shakespeare. El estudiante ponía sus obras en su cuarto de Oxford, entre un Eurípides anotado y un manual de filosofía escolástica. Las señoritas las encontraban en su canastilla de boda. Se decía que era rico, adorado de los suyos, admirado de sus amigos, amable, exento de afectación, hasta candoroso. Vivía en el campo, principalmente en la isla de Wight, entre libros y flores, lejos del tráfigo, de las rivalidades y de las esclavitudes de la sociedad; y todo el mundo se figuraba su vida como un bello sueño, tan dulce como los que él nos había deparado.

Pero mirando más de cerca, se vió que bajo aquella tranquila superficie había un foco de pasión. Un verdadero temperamento poético siempre tiene algo: siente con demasiada viveza para permanecer sereno. Cuando se vibra al menor contacto, se palpita con los grandes choques. Ya en sus pinturas del campo y del amor fulguraba á veces al través del correcto dibujo un verso impetuoso y encendido. El poeta acababa de sentir ese extraño despliegue de potencias desconocidas que de pronto deja inmóvil al hombre, con los ojos fijos, ante la belleza que se revela. Es propio del poeta ser siempre joven y eternamente virgen. Para nosotros, para la masa común, las cosas están gastadas; sesenta siglos de civilización han empañado su frescura original; se han hecho vulgares, y ya no las vemos más que al través de un velo de frases hechas; las utilizamos, pero no las comprendemos; no vemos

ahora en ellas espléndidas flores, sino buenas legumbres; el rico bosque primitivo no es al presente para nosotros más que un huerto bien arreglado y demasiado conocido. Al contrario, el poeta se halla ante ese mundo como el primer hombre en el primer día. Nuestros catálogos, nuestros razonamientos, todos nuestros pertrechos de recuerdos y de prejuicios desaparecen en un instante de su memoria; las cosas le parecen nuevas; le asombran y cautivan; una ola impetuosa de sensaciones le invade y oprime: es la savia omnipotente de la invención humana que, detenida en nosotros, torna á circular en él. Los necios le llaman loco; lo que es es «clarividente». Porque, si nosotros podemos permanecer inertes, la naturaleza es siempre viva: ese sol que se levanta es tan grande como en la primera aurora; esos ríos que corren, esas plantas que pululan, esas pasiones que fermentan, esas fuerzas que precipitan el torbellino tumultuoso de los seres, alientan y combaten con los mismos bríos que al nacer; el corazón inmortal de la naturaleza palpita aún, levantando su envoltura bruta, y sus latidos resuenan en el corazón del poeta cuando ya no tienen eco en nosotros. Este, aunque no siempre, los ha sentido, y dos ó tres veces, por lo menos, consiguió hacerlos oír. Descubrimos el acento libre de la emoción plena, y reconocemos una voz de hombre, en estos versos sobre Locksley Hall:

»Su mejilla era pálida y más delgada de lo que á su edad convenía. Sus ojos estaban pendientes de todos mis movimientos con una atención muda.

»Yo le dije: «Prima Amy, habla y dime la verdad. Confíate á mí, prima. Toda la corriente de mi ser se dirige hacia ti.»

»A su mejilla y frente pálidas asomaron un color y

una luz, bien así como brota de repente en la noche del Norte un rubor sonrosado.

»Se volvió, con el seno agitado por súbita tempestad de suspiros. Toda su alma alborecía en la profundidad de sus ojos pardos.

»Me dijo: «He ocultado mis sentimientos, temiendo que me perjudicaran. ¿Me amas, primo?» y añadió llorando: «Yo te amo hace mucho tiempo.»

»El Amor tomó el reloj de arena, y le volvió con sus manos resplandecientes. Cada momento, á impulsos de leve sacudida, se deslizó en arenas de oro.

»Muchas mañanas, en medio de los matorrales, hemos oído estremecerse la espesura, y su murmullo hacia afluir á mis venas toda la plenitud primaveral.

»Muchas tardes, en la ribera, hemos contemplado las grandes embarcaciones, y nuestras almas se precipitaban una hacia otra al contacto de nuestros labios.

»¡Oh, prima, de corazón ligero! ¡Oh, Amy, nunca más mía! ¡Tristes, tristes matorrales! ¡Estéril, estéril ribera!

»Más falsa que todo lo que puede soñar la fantasía, más falsa que todo lo que dicen las canciones, muñeca bajo la amenaza de un padre, esclava de una lengua de furia.

»¿He de desear que seas feliz? ¡Descender, después de conocerme, hasta un corazón más estrecho que el mío!

»Y así será. Vas á rebajarte á su nivel día tras día. Cuanto encierras de delicado se tornará grosero para asimilarse á su barro.

»Tal marido, tal mujer. Te has unido á un zafio, y el peso de su naturaleza te hará caer tan bajo como él.

»Cuando su pasión haya gastado su fuerza nueva,

te tendrá en poco más que á su perro, y te querrá poco más que á su caballo.

»¿Qué es eso? Tiene cargados y vidriosos los ojos; olvida que es á causa del vino. Acércate á él; es tu deber. Abrázale; cógele la mano.

»Puede que su señoría esté rendido, y tenga fatigada la cabeza; distráele con los recursos más delicados de tu imaginación; acarícialo con tus más risueños pensamientos.

»El te responderá como hace al caso, y cosas fáciles de comprender... ¡Más valía que te hubieses muerto delante de mí, aun matándote yo con mis propias manos!»

He ahí algo franco y vigoroso. Apareció *Maud*, que lo era más. Aquí campeaba el estro con todas sus desigualdades, todas sus familiaridades, todos sus abandonos, todas sus violencias. El poeta tan correcto, tan mesurado, se entregaba: parecía pensar y llorar alto. Ese poema es el diario íntimo de un joven triste, agriado por grandes desgracias de familia y largas meditaciones solitarias, el cual llega insensiblemente á enamorarse, se atreve á decirlo, y se encuentra amado. No canta; habla. Allí se ven las expresiones espontáneas y sin aliño de la conversación corriente, los detalles de la vida doméstica, la descripción de un traje, de una comida política, de un sermón, de una misa de aldea. La prosa de Dickens y de Thackeray no expresaba con más vigor las costumbres reales y presentes. Y al lado de eso florecía profusamente la poesía más magnífica, como florece, en efecto, en medio de nuestras vulgaridades. La sonrisa de una joven engalanada, un rayo de sol sobre un mar violento ó sobre un golpe de rosas, proyecta de repente en las almas apasionadas esas súbitas iluminaciones. ¡Qué versos

aquellos en que el protagonista se pinta en su jardín-cito sombrío, «escuchando la marea con el siniestro rugido de sus pesadas olas, y luego el grito del arenal desesperado que la onda arranca y arrebat»; ó contemplando en el confín del horizonte «el mar, flor de líquido azur, y su silenciosa media luna, anillo de matrimonio de la tierra, esmaltado de zafiros!» ¡Qué alborozo el de su corazón, cuando es amado! ¡qué locura en sus gritos, en aquella embriaguez, en aquella ternura que quisiera difundirse en todos los seres y llamar á todos los seres al espectáculo y participación de su felicidad! ¡Cómo se transfigura todo á sus ojos, y cómo se transforma él incesantemente! Aquí alegría; allí éxtasis; luego travesuras; luego sátira; después efusiones; todos los movimientos repentinos, todas las variaciones bruscas, como de un fuego que chisporrotea y llamea y renueva á cada instante su forma y su tinte: ¡qué rica es el alma, y cómo sabe vivir cien años en un día! Sorprendido é insultado por el hermano, le mata en desafío y pierde á la que amaba. Huye; se le ve vagar por Londres. ¡Qué triste contraste el de la gran ciudad afanada, indiferente, y de un hombre solo, perseguido por un dolor verdadero! Le seguimos por entre las encrucijadas bulliciosas, en medio de la niebla amarillenta, á la luz del sol melancólico que se levanta sobre el río como una bala roja, y escuchamos, con el corazón oprimido, los profundos sollozos, la agitación insensata de un alma que quiere y no puede arrancarse á sus recuerdos. La desesperación crece, y á la postre el desvarío se convierte en visión: «¡Muerto, muerto, muerto desde hace mucho! Y mi corazón es un puñado de polvo, y las ruedas pasan por encima de mi cabeza, y mis huesos son sacudidos dolorosamente; porque los han echado

en una sepultura somera, á tres pies tan sólo de la calle, y los cascos de los caballos golpean, golpean sin parar en mi cráneo y en mi cerebro, sin que jamás acabe el tropel de pies que pasan. ¡Ay de mí! ¿Por qué no me han enterrado profundamente? ¿Es humano haberme hecho una sepultura tan ruda, á mi que jamás disfruté de sueño tranquilo? Quizá no estaré aún más que medio muerto. Entonces no puedo estar completamente mudo. Gritaré á las pisadas que pasan por encima de mi cabeza, y no faltará alguno, algún buen corazón que venga á enterrarme más adentro, un poco más adentro siquiera...» Se reanima al cabo, y se rehace poco á poco. Viene la guerra, la guerra liberal y generosa, la guerra contra Rusia, y el gran corazón viril se cura, por la acción y el ardimiento, de la profunda herida del amor.

«Me hallaba en pie sobre el puente de un gigante navío, y confundía mi aliento con el de un pueblo leal que lanzaba un grito de guerra. En adelante el noble pensamiento será más libre bajo el sol, y el corazón de una nación latirá á impulsos de un solo deseo. Porque acabó la larga, larguísima gangrena de la paz, y ahora, á orillas de los abismos del Báltico y del mar Negro, bajo las bocas amenazadoras de las mortíferas fortalezas, se ve llamear la roja flor de la guerra con un corazón de fuego.»

Esta explosión de sentimiento fué la única. Tennyson no volvió á insistir. A pesar de lo moral de la intención, se gritó que imitaba á Byron; sublevaron aquellas amargas declamaciones; se creyó descubrir el acento rebelde de la escuela satánica; se censuró aquel estilo desatado, oscuro, violento; hicieron daño las crudezas y discordancias; se recordó al poeta su primer estilo tan bien proporcionado. Tennyson se

desalentó, abandonó la región de las borrascas, y volvió á sus espacios cerúleos. Hizo bien: allí estaba mejor que en ninguna parte. Un alma delicada puede arrebatarse, y llegar á veces á la vehemencia de los seres más violentos; recuerdos personales, según se dice, le habían suministrado el asunto de *Maud* y de *Locksley Hall*; con una delicadeza de mujer, había tenido nervios de mujer. Pasado el arrebatado, volvió á caer «en sus doradas languideces», en su tranquilo ensueño. Después de *Locksley Hall* había escrito *La Princesa*; después de *Maud* escribió *Los Idilios del rey*.

III

La gran cuestión para un artista es encontrar asuntos que se amolden á su talento. Este no siempre lo consiguió. Su largo poema *In memoriam*, escrito en recuerdo y alabanza de un amigo malogrado, es frío, monótono y artificioso. El poeta dirige el duelo; pero, á fuer de correcto gentleman, con guantes flamantes, se enjuga las lágrimas con un pañuelo de batista, y, durante el oficio religioso con que acaba la ceremonia, manifiesta toda la compunción de un laico respetuoso y bien educado. En otra parte encontrará sus asuntos. El objeto de un poeta *dilettante* es ser feliz poéticamente. Para eso hacen falta muchas cosas. Hace falta ante todo que no existan el lugar, los acontecimientos, ni los personajes. Las cosas reales son groseras, y feas siempre por algún lado; cuando me-

nos, son pesadas; no las manejamos á nuestro antojo; oprimen la imaginación. En el fondo lo único verdaderamente bello y dulce de nuestra vida son nuestros ensueños. No estamos á gusto mientras permanecemos pegados al suelo, arrastrando miseramente los pies de acá para allá dentro de la cerca que nos recluye. Anhelamos vivir en otro mundo, volar por el dilatado reino de los aires, edificar palacios en las nubes, verlos hacerse y deshacerse, seguir en una vaporosa lontananza los caprichos de su móvil arquitectura y las espirales de sus volutas de oro. Hace falta también que, en ese mundo fantástico, todo sea grato y bello, que gocen el corazón y los sentidos, que las cosas sean risueñas ó pintorescas, que los sentimientos sean delicados ó elevados, que ninguna crudeza, ninguna discordancia, ninguna brutalidad, ninguna selvaticidad manchen con su exceso la armonía matizada de aquella perfección ideal. Esto transporta al poeta á las leyendas de la caballería: he ahí el mundo fantástico, magnífico, noble y puro por excelencia, donde el amor, la guerra, las aventuras, la generosidad, la cortesía, todos los espectáculos y todas las virtudes que convienen á los instintos de nuestras razas europeas, se han reunido para ofrecerlas la epopeya que las enamora y el modelo que las cuadra.

V

La Princesa es una magia sentimental como las de Shakespeare. Tennyson ha pensado y sentido esta vez